

## **RESPUESTAS ANALÍTICAS A LA PANDEMIA**

*“Si por una suerte extraña atravesamos la vida encontrándonos solamente con gente desdichada, no es accidental, no es porque pudiese ser de otro modo. Uno piensa que la gente feliz debe estar en algún lado.*

*Pues bien, si no se quitan eso de la cabeza, es que no han entendido nada del psicoanálisis” Pág. 120. Seminario 3, Las psicosis. Ed. Paidós.  
Jacques Lacan.*

*“Lo que en sentido estricto se llama “felicidad” corresponde a la satisfacción más bien repentina de necesidades retenidas, con alto grado de estasis, y por su propia naturaleza sólo es posible como un fenómeno episódico (...) estamos organizados de tal modo que solo podemos gozar con intensidad el contraste, y muy poco el estado”.  
Pág. 76. El malestar en la cultura. Obras completas. Sigmund Freud. Ed. Amorrortu.*

Este coloquio Descartes se llama *El malestar en psicoanálisis*. Sin embargo, paradójicamente, estar bien en el psicoanálisis implica captar algo del malestar inherente al lugar del sujeto en la cultura. O en la civilización, tal como lo intercambia, igualando los términos cultura-civilización, el mismo Freud, en *El porvenir de una ilusión*. Un Freud que, según Strachey, inicialmente eligió titular *La infelicidad (Unglück) en la cultura* a su texto de 1930, palabra que luego reemplazó por malestar (Unbehagen) y que incluso sugirió la palabra Discomfort, para la versión en inglés. (1) Freud habla de distintos modos que tiene el ser humano de retirarse del mundo del malestar a través de las intoxicaciones con drogas “quitapenas”, del yoga o la búsqueda del sosiego “matando las pulsiones”, o incluso en el refugio del delirio o la religión. La evasión de cualquier tipo cuenta frente a las exigencias que impone la realidad. El aislamiento respecto de lo social, es posiblemente utilizado por cualquier individuo como defensa psíquica, y tiende a combatir una de las tres fuentes de dicho malestar: la que causa la convivencia con los otros seres humanos, ya que nos conecta con la renuncia primera a todo el placer, que supuestamente podríamos darnos si no existiesen barreras y normas en contra de ello.

El recurso encontrado en algunas respuestas clínicas (presenciales con protocolo de prevención al covid-19 , telefónicas y por otros medios tecnológicos de comunicación a distancia) me ha puesto a interrogar en distintas lecturas las diferencias , continuidades y discontinuidades respecto de la práctica analítica durante la "cuarentena" y las restricciones al contacto físico y social de la pandemia actual que condiciona toda la vida humana en el planeta. Y por otra parte plantear la diferencia política entre analistas que se proponen una elaboración colectiva en la institución intentando promover producciones en cada uno , frente a las opciones narcisistas que oscilan entre la ilusión de originalidad y la imitación de la identificación mayoritaria . También están quienes consideran que es un buen momento para vender algún servicio extra. Existen oportunistas que se publicitan diciendo que no hay vacuna para la depresión generada por la pandemia, o dando recomendaciones y tips para “aprovechar el tiempo”, “ser positivos” y toda clase de tonterías. Pero cuando eso lo quieren asociar al psicoanálisis entendemos que se trata de imposturas. Hoy podríamos decir que hay un plus que se agrega al malestar en la cultura. E incluso notamos hartazgo y rechazo en algunas personas respecto de los medios tecnológicos que intentan sortear o eludir la barrera del distanciamiento físico.

Mi intervención intentará ser el comienzo de una exploración para investigar posiciones desde el psicoanálisis más allá de las posturas médicas , psicológicas o de asistencia social, y más acá de las instituciones idealizadas. Así como está el sujeto del inconsciente para el psicoanálisis está el individuo promedio de las estadísticas, los cuerpos de la biopolítica , los consumidores del mercado, los marginados del

sistema , los proletarios y los grandes propietarios. Ya vemos que ese sujeto del inconsciente que nos ocupa en la clínica de todos los días no necesariamente es encasillable por otras clasificaciones, y es que sus particularidades no se llevan bien con lo universal estipulado por los Estados y los mercados, con lo cual plantea aquello no totalmente regulado por el discurso del Otro: lo singular de los goces en cada sujeto.

¿Cómo es posible autorizarse a hablar en unos tiempos que aún no hemos atravesado del todo? Encontramos desde principios de 2020 que hay una palabra, protocolo, que a partir de la pandemia forma parte del discurso corriente, y que es tomada analíticamente en esta cita de Jacques Alain Miller (2) : “Hay un equívoco relativo al término protocolo, que es a la vez la formulación de una etiqueta ceremonial, pero también el conjunto de reglas que determinan la ejecución de una experiencia de la que se puede esperar el acceso a un real; sería pasar del protocolo ceremonial al protocolo de experiencia”. Y en el párrafo anterior elijo lo siguiente: “Y conciliar el psicoanálisis con el discurso de la ciencia significa que su manipulación específica del semblante constitutiva un protocolo que daría acceso a un real”.

El protocolo en la etapa de cuarentena tanto en la medicina y como en la psicología ha llevado a lo que en estos tiempos lleva el prefijo “tele”. La telemedicina y la telepsicología desarrollan e intentan prescribir una continuidad que no es tal, pero que sabemos que ya se había iniciado hace dos décadas con la generalización del uso de Internet.

Mi posición es que en la práctica psicoanalítica se trata de una discontinuidad , que interroga cómo se atiende la demanda de tratamiento en otro contexto, inédito e inimaginable con anterioridad a estos tiempos.

Voy a mencionar algunas cuestiones que testimonian de este período de la pandemia del coronavirus , que en nuestro país, como en otros, transcurre en un contexto de aislamiento o distanciamiento físico social.

Para quienes hablan de nuevos dispositivos de control o disciplinamiento social, como para quienes teorizan sobre la biopolítica, solamente se trata de nuevas técnicas, o de viejos estados de excepción renovados; para quienes creen que el futuro cambiará para bien o que amanecerá una humanidad nueva, no le ahorraremos el camino religioso que le da un nuevo sentido a todo.

En relación a esto último me parece pertinente citar a Mark Fisher (3): “Deleuze observa que las sociedades de control delineadas por el mismo Kafka, pero también por Foucault y por Burroughs, operan sobre la base de la postergación indefinida. Por ejemplo: la educación es un proceso de toda la vida; la capacitación para el trabajo abarca toda la vida laboral; el trabajo sigue en casa o se está en casa en el lugar de trabajo, etc. Una consecuencia de este ejercicio “indefinido” del poder es que la vigilancia externa ya no es tan necesaria: en gran medida la sustituye la vigilancia interna. El Control solo funciona si uno es cómplice con él”. Vigilancias y controles que posponen la existencia dentro del sistema, y que se perpetúan con individuos sometidos sin remedio a ese funcionamiento. Así como los aparatos electrónicos, sus plataformas , las redes sociales y los medios masivos de comunicación sirven para reproducir una forma de vida anestesiada , creo que se puede hacer un uso de los mismos que sirvan a nuestros fines, en una perspectiva que no se orienta por una “liberación” de las privaciones culturales que comentaba Freud, pero que permite a través de un dispositivo esclarecer a cada uno en relación a su verdad, más allá de consideraciones ideológicas más amplias.

Me propongo decir algunas cuestiones de la clínica analítica . Cuando uno comienza a hablar o escribir sobre el psicoanálisis , está hablando de una relación al psicoanálisis . Es importante saber que estar en esa clínica, distinta a otras, ni más ni

menos, es estar en un discurso que no tiene un código que sabe de antemano lo que hay que interpretar, clasificar, diagnosticar o incluir en una estadística. Porque el psicoanálisis no tiene una identidad que defender, ni una ideología ni un empirismo que poner en el lugar del ideal. Eso no quiere decir que no existan ideales, sino que su práctica no se rige por ellos. En todo caso puede definirse brevemente y poéticamente como decía Germán: "Psicoanalizar quiere decir, entonces, llevar a un sujeto, a través de sus figuras imaginarias, por equívocos simbólicos que lo conduzcan a ese núcleo de real que hay en él". (4)

En unas conferencias que titula "*¿Cómo se enseña la clínica?*", Eric Laurent pregunta y responde: "¿cuáles son las consecuencias pragmáticas efectivas sobre lo que es la dirección de la cura? Lo que creo que hay que evitar en nuestro ámbito -la enfermedad fundamental- es detenernos en elaborar nosotros mismos un delirio teórico que no tiene ningún enganche sobre cualquier cosa que sea pragmática". (5)

En primer lugar, en la cuarentena más estricta, frente a la imposibilidad del encuentro presencial, surgió la alternativa de la consulta o la sesión telefónica o audiovisual. Algo que ya existía para diversas terapias psicológicas. Incluso recuerdo que escribí un artículo en la revista *Lamujerdivida* sobre una serie televisiva que se llamaba Therapy Web. Esa era una comedia, que representaba al personaje de una terapeuta que necesitaba economizar en alquiler de consultorio, y que se revelaba por su simpática inconsistencia, las interpretaciones hilarantes y las psicologizaciones con lo peor del "sentido común".

Pero también tenemos todo tipo de situaciones que implican a la escena psicoterapéutica en la TV que conllevan una desautorización, por el nivel deplorable de los guiones, en donde la comprensión identificatoria se iguala en su pobreza de contenidos. También hay profesionales que atienden on line desde que existe internet y eso no ha traído para ellos ningún replanteo teórico, ni ético, solamente una continuidad laboral burocrática.

Los que nos venimos formando en psicoanálisis, tenemos en cuenta un concepto, el de transferencia, y sabemos por Freud que nada puede ser vencido *in efigie o in absentia*. Es algo que, tomando a Lacan, es una relación a lo real.

La psicología que se nutre del ambiente, y reflexiona solamente a partir de ella, interpreta adaptaciones o traumas y angustias provocadas por la cuarentena y por la pandemia. Esas psicologizaciones invaden y ocupan los medios masivos de comunicación y las redes sociales. Solamente se olvida un detalle: el sujeto singular del inconsciente.

Leo algo de **Actualidad del trauma**, de Germán García: "El trauma psicoanalítico, a diferencia del médico, no se refiere a la violencia del acontecimiento; el factor que Sigmund Freud subraya es la sorpresa. Quiere decir que lo traumático del acontecimiento está ligado a la sorpresa de que eso ocurra. La teoría del trauma tiene dos momentos; el primero posee las características de una teoría intimista, está basado en una hipótesis tomada de la histeria. El segundo tiene como finalidad responder a los traumas de la guerra de los años 1914-18" (6) En esa época está claro que Freud no escribe en el cielo de Platón su teoría, y que el contexto de guerras y de pandemia con la gripe, que en un momento otros europeos llamaban española, era tanto o más difícil que el que nos toca vivir.

Tal vez podamos decir que la angustia en las poblaciones y en cada individuo, tan mencionada en los medios periodísticos y en los discursos psicológicos "preventivos", no se deba solamente a situaciones externas al sujeto, y es probable que en muchos casos ni siquiera tengan que ver con la pandemia, la crisis económica, política o social. Lo sorprendente del encuentro con la castración, con la pérdida, la falla, la falta, depende de la variable sujeto, un imponderable que atraviesa las estadísticas. Pero si

se quisiera argumentar a favor de las consecuencias negativas del efecto cuarentena y una epidemia de depresiones, angustias y suicidios, nos queda claro que por el momento todo eso se está estudiando y no hay evidencia estadística de mayor cantidad de suicidios, por ejemplo.

Un analizante que cursaba una melancolización de su estructura neurótica, durante los meses del aislamiento social preventivo obligatorio pudo desangustarse debido a que uno de sus trabajos de características independientes le exigía mucho menos en función de haber cerrado las instituciones a las que dirigía sus comunicaciones. Al retornar a cierta "normalidad" su existencia vuelve a sumergirse en una angustia insoportable. Acude nuevamente a sus sesiones interrumpidas por ese aislamiento obligatorio, y benéfico por momentos.

Otra analizante me comentaba las reacciones que había encontrado al regreso de la presencialidad como docente: el extrañamiento en una clase comparable al efecto de las citas que se establecen a través de redes sociales por ejemplo, luego de diálogos virtuales previos, como si no hubiera existido la dinámica de los encuentros por zoom; es para investigar el caso de quienes han pasado de sesiones presenciales a telefónicas, y no creen que haya una vuelta a lo anterior o quienes han solicitado atención durante la cuarentena pero que han esperado hasta la autorización de las entrevistas presenciales, como una condición necesaria del análisis.

Más allá o más acá de los efectos de esta pandemia sobre los analistas y su práctica, podríamos ubicar, parafraseando una buena caracterización que hacía Jacques Alain Miller (7) en Comandatura, a tres tipos de analistas, no diré terapeutas: los pasatistas, siempre al último grito de la moda, predispuestos a lo que sea para no perder el tren imaginario, que se abonarían inmediatamente a la corriente on line, les parecería lo más natural del mundo!; los conservadores, los que no tocarían siquiera un teléfono o una computadora porque eso alteraría variables que solamente un superyoico imperativo categórico kantiano les impone, defensores de una tradición dependiente de un padre eterno; los que se crearían neurocientíficos, conectados con el capitalismo directamente, estarían hipotetizando sobre un inconsciente cerebral que en un futuro nos enganche con celulares subcutáneos como en la película del último vengador del futuro con Colin Farrell, y que solo creen en la psicología, si es cognitiva como Dios manda; y por último el modesto lacaniano, el por-venir, aquel que encuentre el lugar de la invención, uno por uno, en la singularidad de un arte que tenga en cuenta al sujeto de la ciencia.

Ahora bien, ¿por qué no tenemos un mensaje para dar en función del bien social? Porque no participamos de una ética del bien, porque sabemos que eso culmina en una nueva orden del amo de turno. Y poseemos una ética del bien decir, una que pone en juego el deseo. En cada uno de los practicantes está en juego el deseo de analizar. Ponemos a quien acude a consultarnos a hablar en función de otra asociación, la asociación libre, que coloca a todo aquello que nos determina, que nos atraviesa, que nos engancha a la cultura, en cuestión. En definitiva, implica a un sujeto cuestionado. Es verdad que algunos que estamos en instituciones analíticas debemos "dar respuesta a una demanda de saber clínico que se vuelve cada vez más una demanda de saber técnico y que puede degradar el saber clínico a solo un saber hacer técnico en la práctica" (8) Una colega me preguntaba: ¿Y quién sabe, en el sentido de hacer una lista de respuestas, qué hay que hacer para atender por teléfono? Y por videollamada? Y por Skype? .

Sabemos que en su curso *Sutilezas analíticas*, de 2009, Jacques Alain Miller sostiene que el análisis por teléfono es una trituradora, una broma, que no existe, incluso ironiza con un "¡Imaginen el campo que se nos abriría por Internet!" (9).

La ironía más eficaz es la de esta pandemia inimaginable. Planteo mi desacuerdo con esa posición, al menos en este contexto que ha cambiado de un modo

absolutamente imprevisible. Frente al pedido de analizantes para proseguir con atención telefónica o por videollamada la respuesta es intentar una continuidad diferente, que no se detiene frente a una cuarentena , e incluso asume pedidos de tratamiento de esta manera excepcional para que, una vez concluida la pandemia, pueda retornarse al espacio presencial.

Desde mi trabajo con analizantes entiendo que hay que utilizar los dispositivos tecnológicos que permitan sostener la transferencia y así posibilitar , dentro de lo excepcional, una continuidad de la experiencia analítica, uno por uno. Es evidente que no es lo mismo una conexión telefónica, de videollamada o vía *zoom* que una sesión “presencial” , pero eso habilita en tiempos de cuarentena, aislamiento y distanciamiento obligatorios, una modalidad cierta de atención, que en mi opinión deben desarrollarse en espacios a distancia de modo sincrónico , ya que todo aquello que implique una comunicación diferida (mails, mensajes escritos o hablados sin simultaneidad) no permite la temporalidad necesaria para una entrevista o sesión.

La diferencia implica que las presencias físicas no se hallan en contigüidad , que los cuerpos no participan de un mismo espacio, que las formas de intervención se restringen, pero no se restringe el corte de sesión, la interrogación, la respuesta desde la interpretación o el silencio, y por supuesto la comunicación se sigue rigiendo por el malentendido más allá de la cibernética.

La cuestión fundamental es que no responde una máquina sino un operador, que está en la dimensión del deseo, que se dispone a un automatón de la asociación libre del paciente y la atención flotante del analista, en un discurso que tiene a la palabra como mediadora, hacia un encuentro que habrá sido analítico si es que se hace existir el inconsciente.

Mis respuestas siguen lo que proponía Freud: el análisis personal, la supervisión de los casos clínicos , la lectura y estudio de los textos teóricos , y confluyendo con esos tres pilares, un cuarto: estar en una institución analítica, aceptando las dificultades que deben atravesarse y afrontar cómo dejar el privilegio de las verdades no discutidas. Se trata de conformar una organización sin conformarse, junto a otros ya que un analista se autoriza de sí mismo frente a otros , no frente al espejo de su narcisismo.

Y tener en cuenta que en el dispositivo analítico hay invariantes estructurales, hay repetición , pero también hay lugar para la invención que permita dar un lugar a la palabra reprimida, al goce ignorado, al sujeto que adviene a posteriori. Es por eso que puedo sostener que no seguimos una ética de las intenciones, sino una ética de las consecuencias, en donde asumimos lo que falta como una causa verdadera.

### **Felix Chiamonte.**

#### Referencias:

- (1)Freud, S. El malestar en la cultura. Vol. 21. Pág.76. Ed. Amorrortu.
- (2)Miller, J.A. La experiencia de lo real en la cura psicoanalítica. Pág.13. Ed. Paidós.
- (3)Fisher, M. Realismo capitalista. Pág. 51. Caja Negra Editora.
- (4)Garcia, G. Fundamentos de la clínica analítica. Pág. 47. Otium ediciones.
- (5)Laurent, E. ¿Cómo se enseña la clínica? Cuadernos del Icdeba.
- (6)García, G. Actualidad del trauma. Pág. 7. Grama ediciones.
- (7)Miller, J.A. Punto cenit. Una fantasía. Pág. 44.
- (8)Laurent, E. ¿Cómo se enseña la clínica? Cuadernos del Icdeba.
- (9)Miller, J.A. Sutilezas analíticas. Pág. 250. Ed. Paidós.